

7-11
años

COLECCIÓN
Caminos del SUR

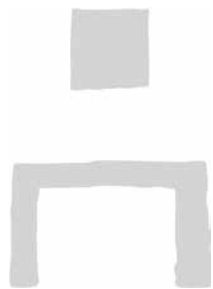
serie
El gallo pelón

Inés Ruiz

**Cuentos
de Sebastián**
*antes de que
se me olviden*

Ilustrado por Luis Leyba





© Inés Ruiz

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar,
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (58-0212) 7688300 - 7688399

Correos electrónicos

comunicacionesperroyrana@gmail.com
atencionalescritorfepr@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.minicultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: Fundacion Editorial Escuela El perro y la rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño de colección: Mónica Piscitelli

Ilustraciones: © Luis Leyba

Edición: Yanuva León

Corrección: Oleno León / Xoralis Alva

Diagramación: Mary Rada

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal DC2018000736

Isbn 978-980-14-3242-5



La redistribución, comercial y no comercial de la obra,
siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su
totalidad, con crédito al creador.

Inés Ruiz

Cuentos de Sebastián
antes de que se me olviden

Ilustrado por Luis Leyba

Colección Caminos del Sur

Hay un universo maravilloso donde reinan el imaginario, la luz, el brillo de la sorpresa y la sonrisa espléndida. Todos venimos de ese territorio. En él la leche es tinta encantada que nos pinta bigotes como nubes líquidas; allí estuvimos seguros de que la luna es el planeta de ratones que juegan a comer montañas, descubrimos que una mancha en el mantel de pronto se convertía en caballo y que esconder los vegetales de las comidas raras de mamá, detrás de cualquier escaparate, era la batalla más riesgosa. Esta colección mira en los ojos de niños y niñas el brinco de la palabra, atrapa la imagen del sueño para hacer de ella caramelos y nos invita a viajar livianos de carga en busca de caminos que avanzan hacia realidades posibles.

El gallo pelón es la serie que recoge tinta de autoras y autores venezolanos; el lugar en el que se escuchan voces trovadoras que relatan leyendas de espantos y aparecidos de nuestras tierras, la mitología de nuestros pueblos indígenas y todo canto inagotable de imágenes y ritmos.

Los siete mares es la serie que trae colores de todas las aguas; viene a nutrir la imaginación de nuestros niños y niñas con obras que han marcado la infancia de muchas generaciones en los cinco continentes.



Mamá, sí eres mentirosa, así no fue como te lo conté...

Además, ¿ese no es el nombre de otro libro?

Sebastián

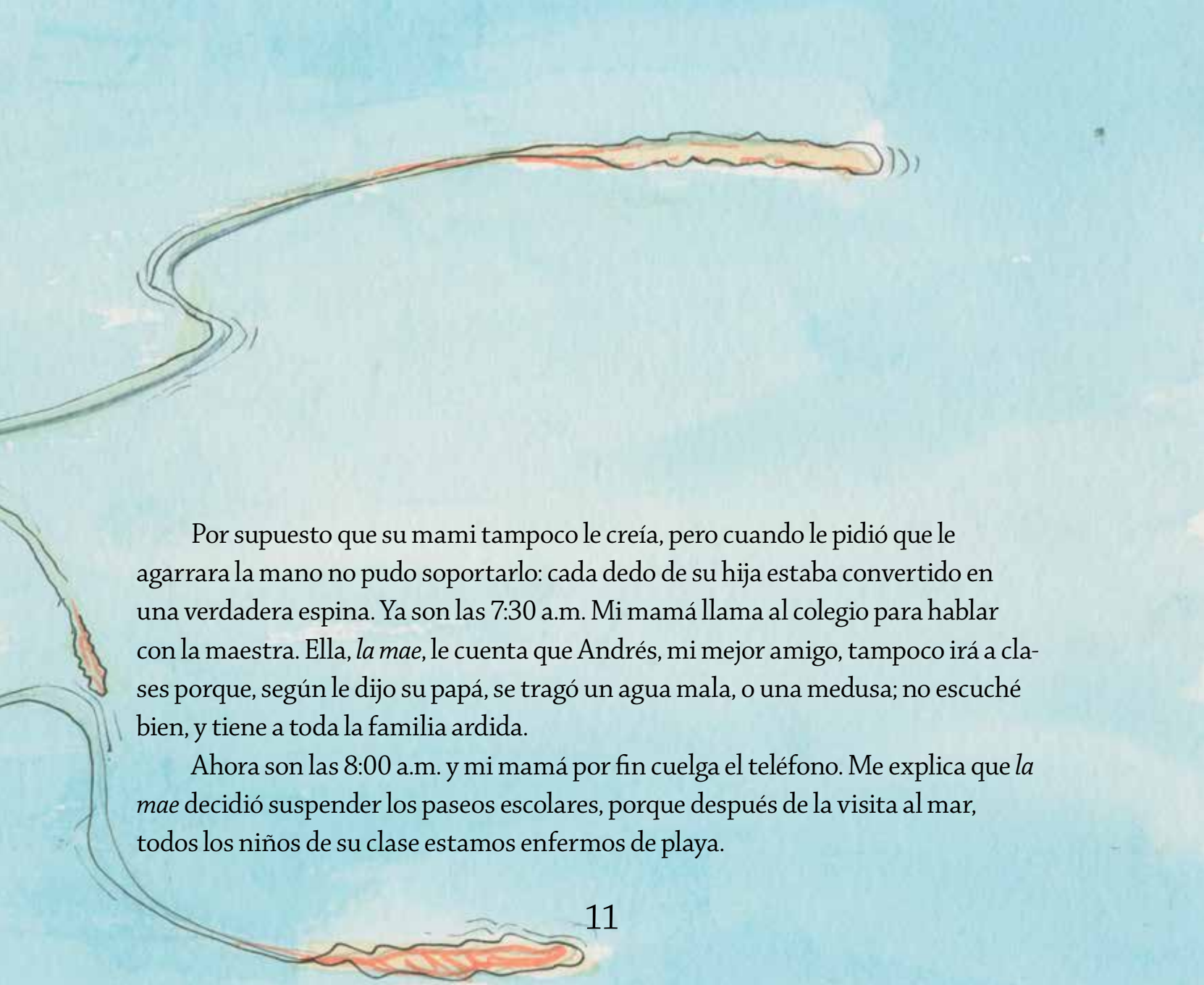


The background of the page is a painting. It depicts a beach with light-colored sand in the foreground. The ocean is a vibrant turquoise color with white-capped waves breaking onto the shore. On the horizon, a large, dark-hulled ship with a red stripe along its waterline is visible. The ship has a yellow crane or mast structure. The sky above the horizon is a warm, solid orange color, suggesting a sunset or sunrise.

Después del mar

Es lunes. Son las 6:00 a.m. Como sabes, ya escucho la voz de mi mamá exigiendo que me levante temprano para llegar a tiempo al colegio. Doy vueltas en la cama, le digo que me comí el mar, y no puedo levantarme. En mi estómago un oleaje interminable hace que la piel de mi barriga se pegue a las costillas, luego se infla y recupera su estado normal, reposa y, un segundo más tarde, otra vez el oleaje. ¡No puedo controlarlo! Mi mamá ve mi barriga, se asusta y llama a la mamá de Gabriela. Le explica que tal vez sea una excusa nueva. Pero la señora Tomasa le cuenta que Gaby tiene toda la noche diciendo que se tragó los erizos de la playa, y que no puede evitar puyar a la gente.





Por supuesto que su mami tampoco le creía, pero cuando le pidió que le agarrara la mano no pudo soportarlo: cada dedo de su hija estaba convertido en una verdadera espina. Ya son las 7:30 a.m. Mi mamá llama al colegio para hablar con la maestra. Ella, *la mae*, le cuenta que Andrés, mi mejor amigo, tampoco irá a clases porque, según le dijo su papá, se tragó un agua mala, o una medusa; no escuché bien, y tiene a toda la familia ardida.

Ahora son las 8:00 a.m. y mi mamá por fin cuelga el teléfono. Me explica que *la mae* decidió suspender los paseos escolares, porque después de la visita al mar, todos los niños de su clase estamos enfermos de playa.

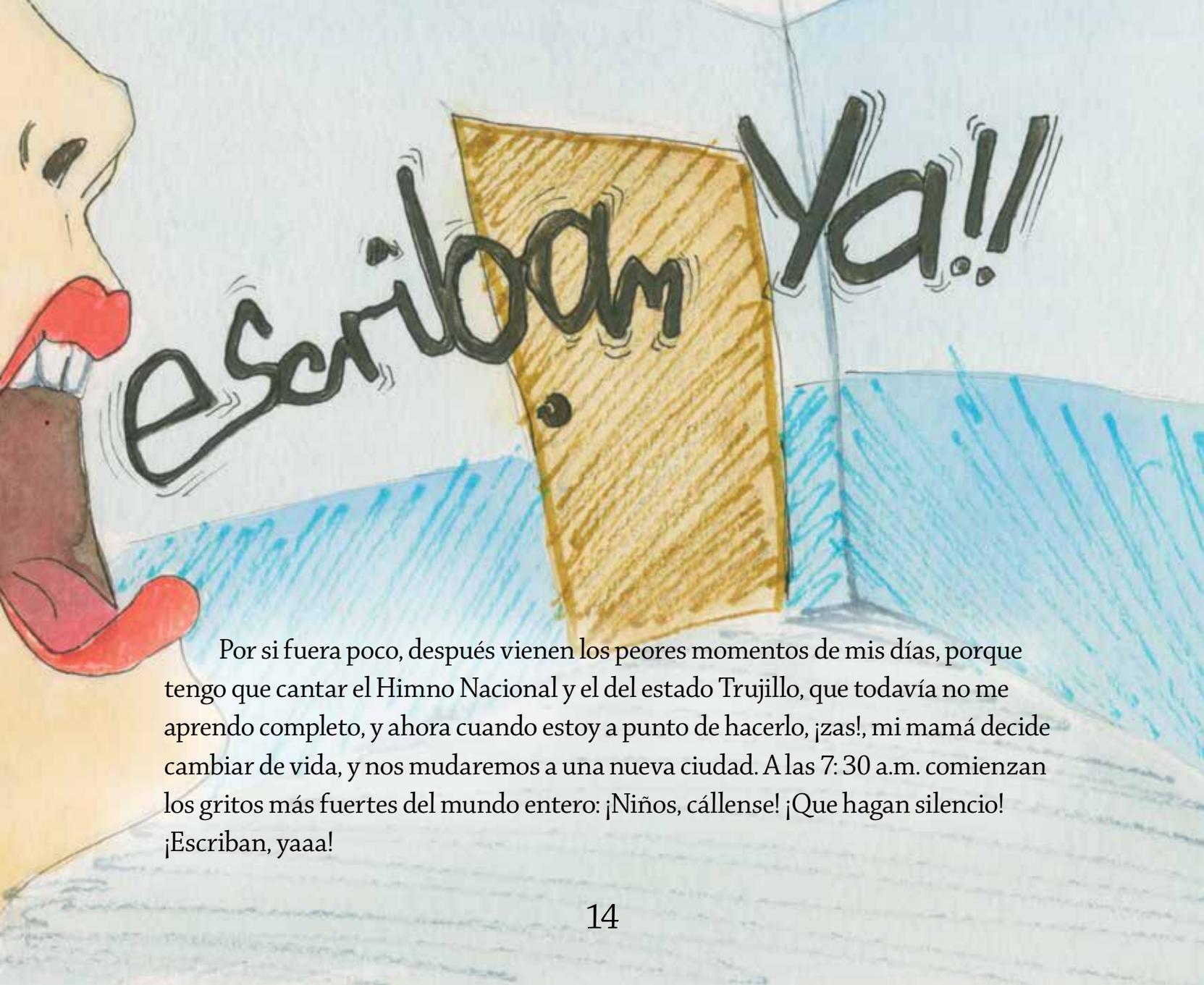




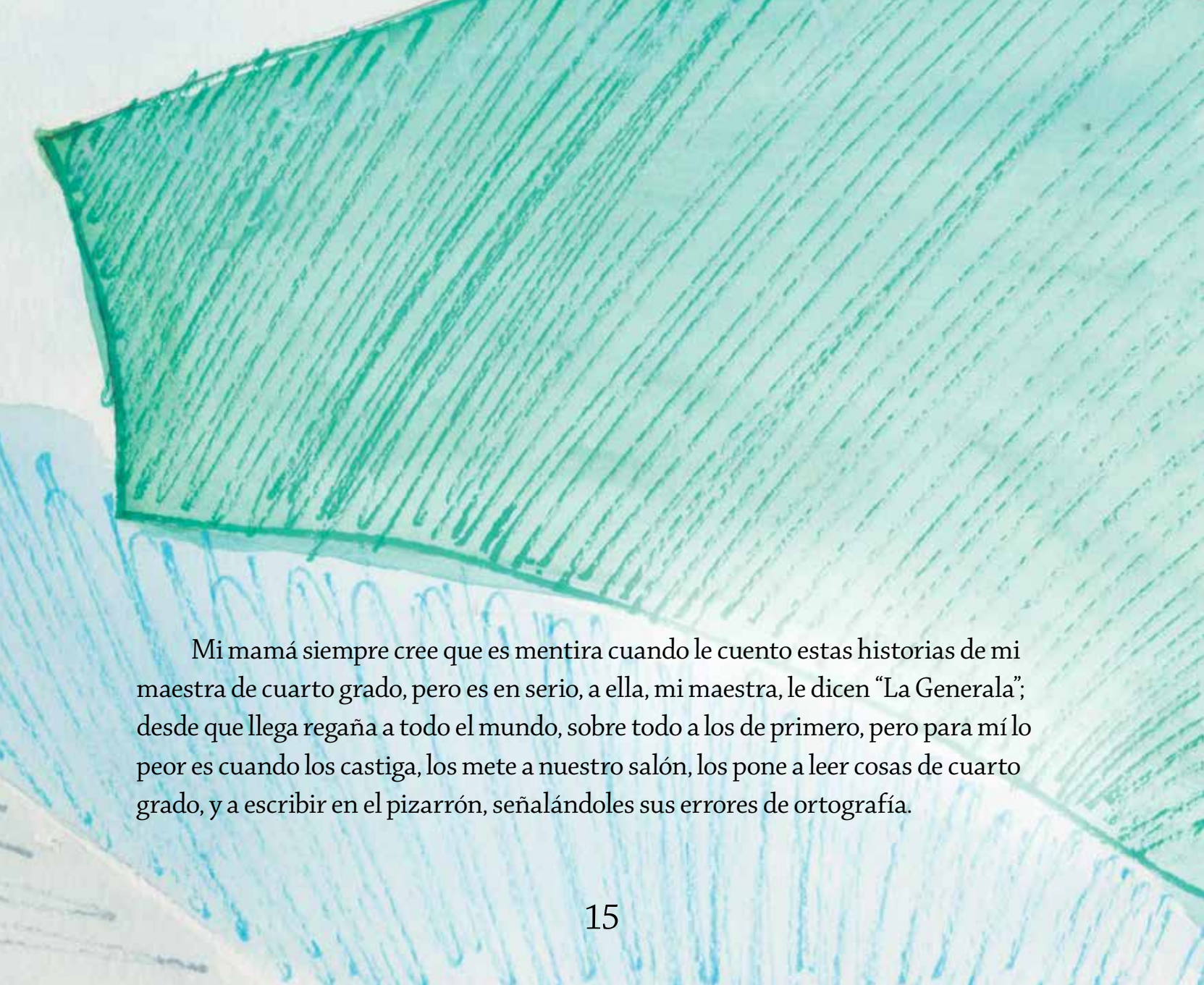
Olimpiadas de mano

Ir a clases, en realidad, me da mucho sueño. Desde que me levanto comienza una historia de gritos. Primero, mi mamá gruñendo que me apure, que llegaremos tarde, y que por mi culpa no podrá hacer tal o cual cosa; luego, la bendita corneta del señor Barroeta, el transporte, al igual que mi madre siempre está apurado y dice:

—Son las 6:45 a.m.; todavía debo buscar a cuatro niños y dejarlos a todos a las 7:00 a.m. en la puerta de la escuela.



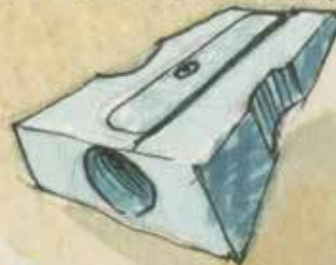
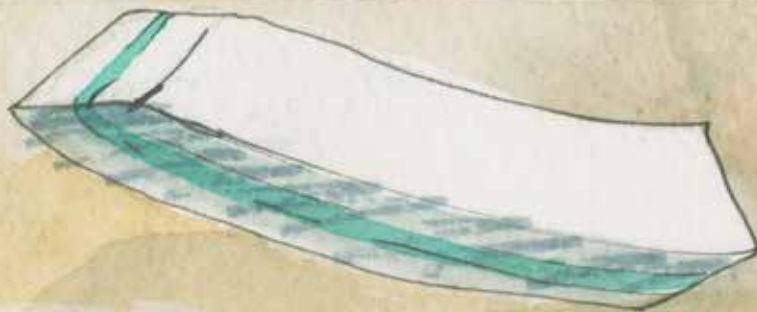
Por si fuera poco, después vienen los peores momentos de mis días, porque tengo que cantar el Himno Nacional y el del estado Trujillo, que todavía no me aprendo completo, y ahora cuando estoy a punto de hacerlo, ¡zas!, mi mamá decide cambiar de vida, y nos mudaremos a una nueva ciudad. A las 7:30 a.m. comienzan los gritos más fuertes del mundo entero: ¡Niños, cállense! ¡Que hagan silencio! ¡Escriban, yaaa!



Mi mamá siempre cree que es mentira cuando le cuento estas historias de mi maestra de cuarto grado, pero es en serio, a ella, mi maestra, le dicen “La Generala”; desde que llega regaña a todo el mundo, sobre todo a los de primero, pero para mí lo peor es cuando los castiga, los mete a nuestro salón, los pone a leer cosas de cuarto grado, y a escribir en el pizarrón, señalándoles sus errores de ortografía.



Claro, ella también tiene algunas cosas buenas; cuando nos sentimos mal nos atiende, nos cuida, podría decir que hasta nos hace cariñitos; es una muchacha bien bonita, yo sé de eso porque ya tengo 10 años, y a esta edad uno empieza a verlas bonitas o feas. A mí pareciera tenerme un poquito de cariño, porque se emociona cuando salgo bien en las actividades evaluadas (así les llama ella, pero yo sé que son exámenes porque ese es el nombre que les puso mi mamá). Ella, mi maestra, les dice a las otras maestras que yo soy el niño más inteligente de su clase. Les voy a contar un secreto, ella es muy linda, y yo le tomé una foto con la cámara de mi celular nuevo; la tengo guardada y ni siquiera a mi mamá se la muestro. Mi maestra se llama Paula...



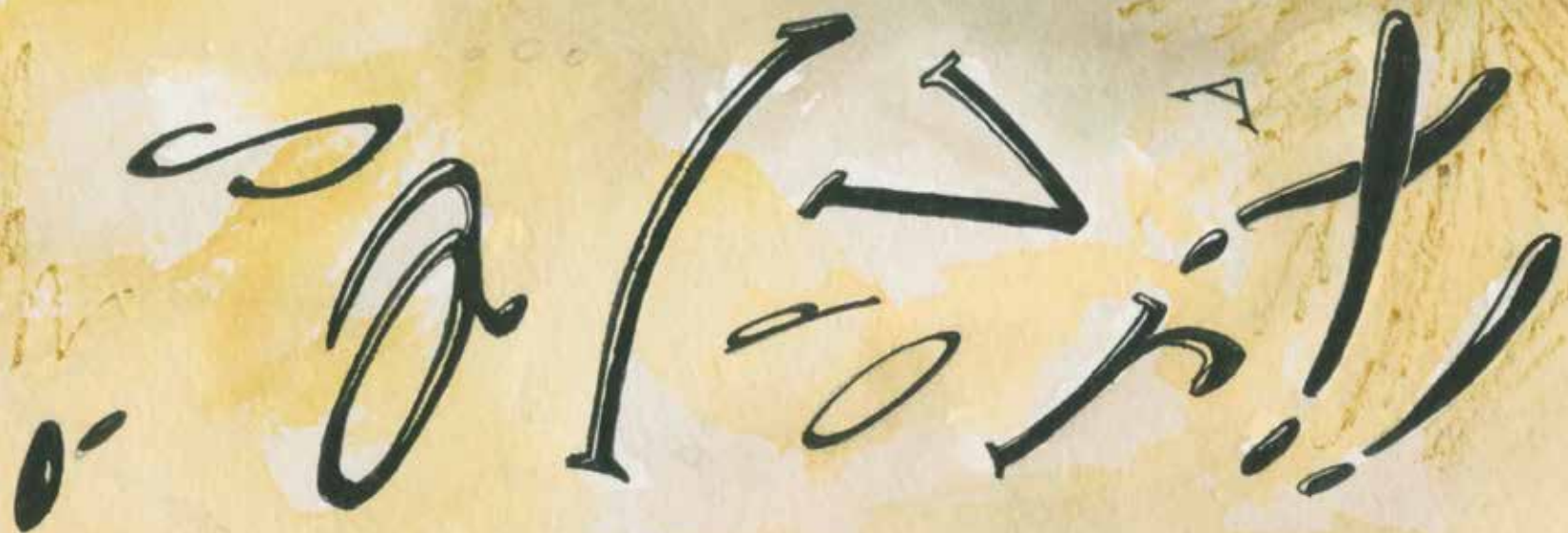
Ahora no vayan a creer que todo es color de rosa, porque cuando llego al salón, y la maestra se comporta como si fuéramos sordos, y todo lo dice gritando, “para que la entendamos bien y no hagamos las cosas mal”, yo me distraigo, lamento que así sean mis mañanas de lunes a viernes, y empiezo a pensar en todo lo que podría hacer mientras ella grita.

No sé cómo hace, pero siempre se da cuenta de cuando me distraigo, entonces lloro, digo que me duele la barriga, o que estoy triste porque mi papá no vive conmigo, que quiero ver a mi abuela que es diabética, y tiene muchas enfermedades, o que estoy cansado de que mi mamá trabaje tanto. Con estos argumentos ella no puede luchar, se acerca a mi silla, me hace cariñitos y trata de consolarme, pero a los cinco minutos se levanta y empieza: ¡Saquen el cuaderno de Sociales y agarren dictado!



Comas, puntos, comillas,
signos, letras que forman
palabras; palabras que
integran frases, que
a su vez dan oraciones,
que luego serán párrafos
de una hoja o Cuax

Xilda.

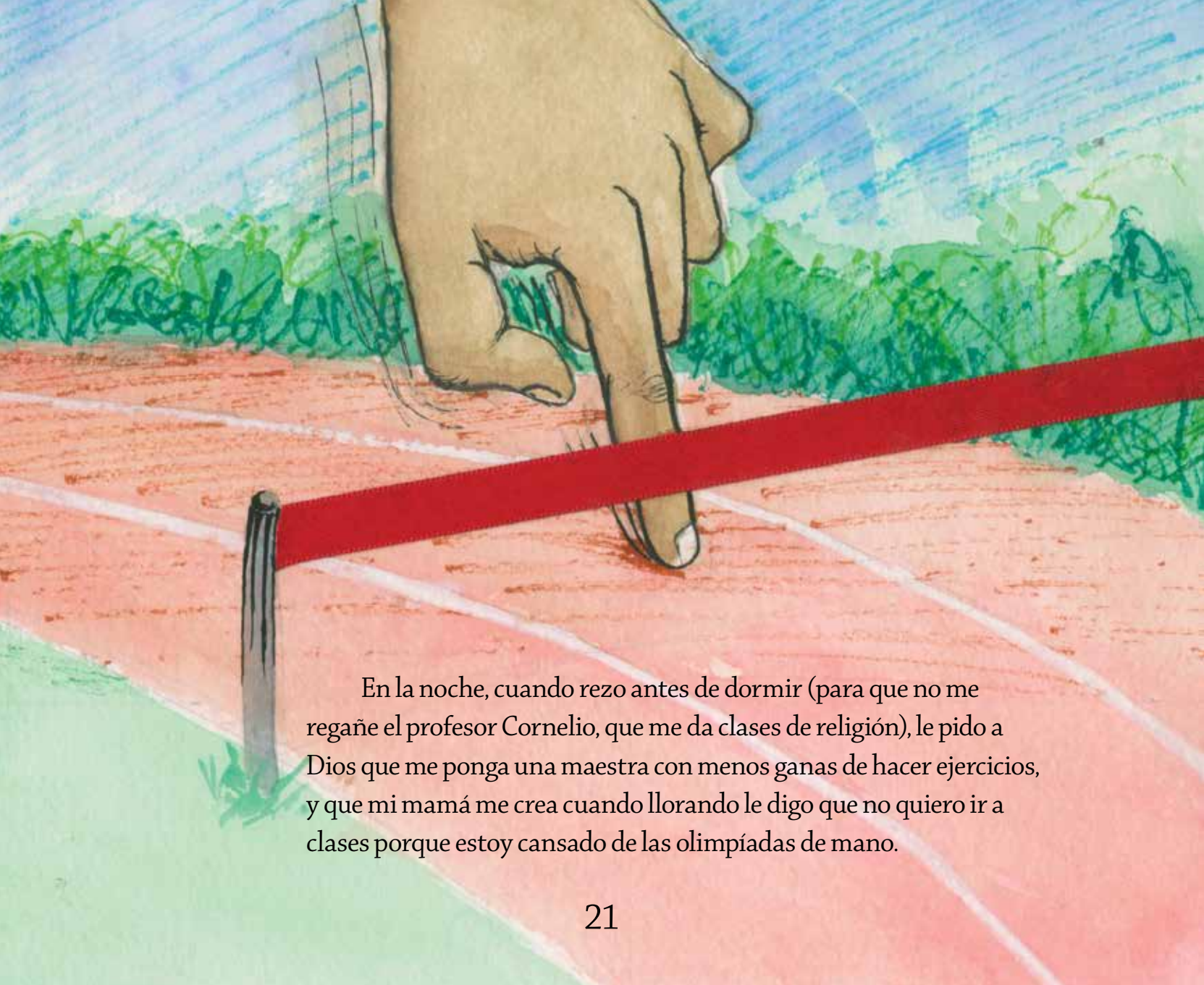


Yo comienzo a copiar todo lo que ella dice, y como quiero entender lo que me está dictando, me retraso un poquito, o me río cuando la historia es chistosa, entonces ella me dice: ¡Sebastián, por favor, deja de echar broma y ponte a estudiar, mira que estás atrasado!

No digo nada para no pelear, porque allí llevo todas las de perder, pero por supuesto que me molesto, y como no puedo hacer otra cosa, me pongo las pilas y comienzo la carrera, escribo rápidamente cada letra de las palabras que nos dicta, coloco las comas, los puntos, las comillas, los signos de admiración, no me distraigo prestando atención a lo que dice, al contrario, solo escucho letras; letras que componen palabras; palabras que integran frases, que a su vez dan oraciones, que luego serán párrafos de una hoja (o cuartilla como le dice mi mamá).



Pasa una hora y seguimos allí, sentados en el pupitre, escuchándolo todo, con la mano cansada y caliente, pero copiando todo el dictado, sin que nos quede una letra por fuera. Al final, ella, “La Generala”, se acerca a mi cuaderno y me felicita, porque copié todo el dictado, me hace un pequeño reclamo porque la letra no está tan bonita como debería, encierra en círculo las palabras que tienen algún error ortográfico, pero al final me pone de ejemplo porque hice todo lo de la clase, y yo me siento orgulloso no sé de qué cosa; cada día recuerdo menos lo que dice el libro *Girasol* de cuarto grado, pero me doy cuenta de que los músculos de mi mano están más fuertes, y en definitiva, me consuelo porque entiendo que voy bien en la carrera de escribir rápido.



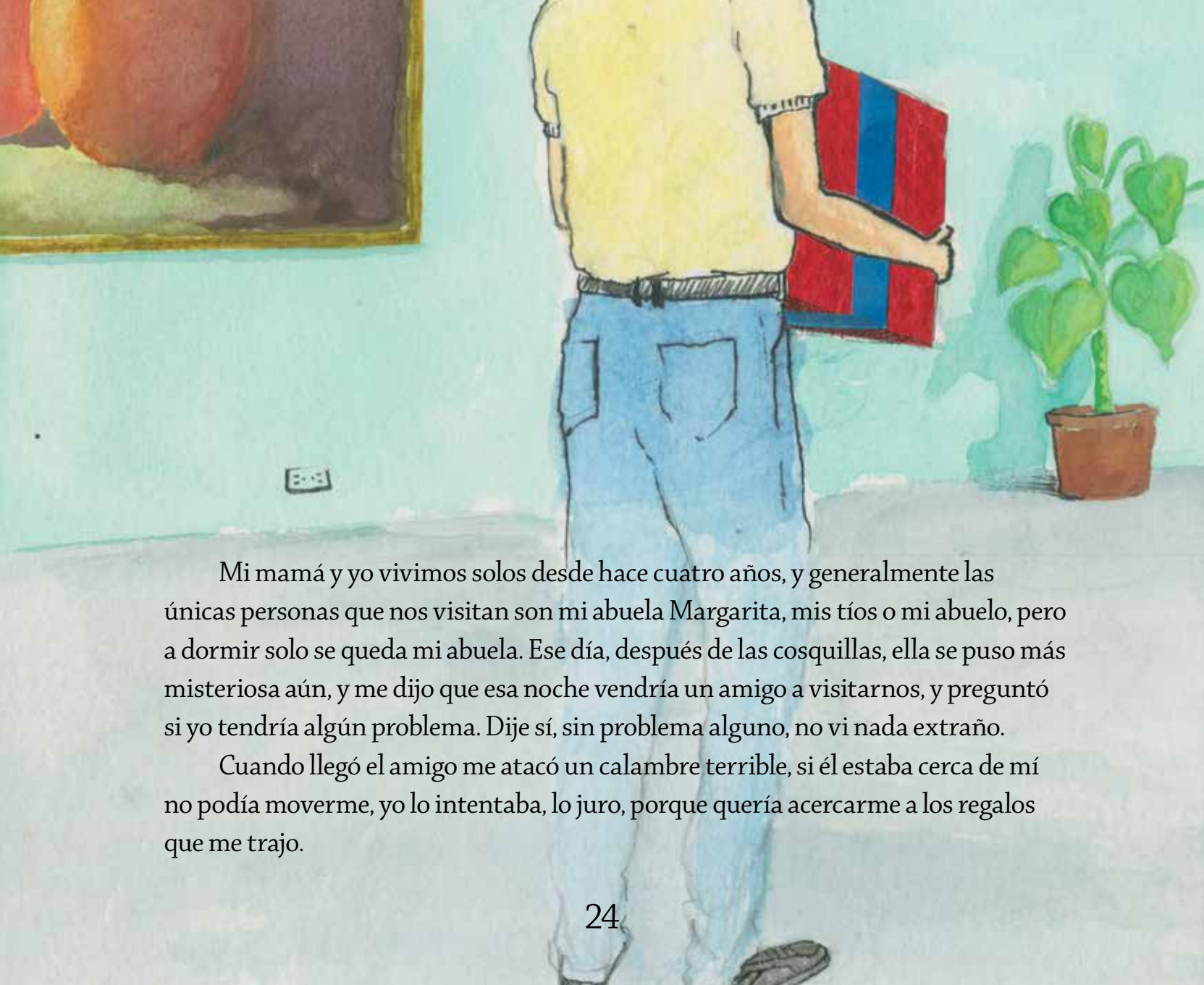
En la noche, cuando rezo antes de dormir (para que no me regañe el profesor Cornelio, que me da clases de religión), le pido a Dios que me ponga una maestra con menos ganas de hacer ejercicios, y que mi mamá me crea cuando llorando le digo que no quiero ir a clases porque estoy cansado de las olimpiadas de mano.





El nuevo tío

Era jueves bien temprano y mi mamá, misteriosa, se acercó a mi cuarto, me llevó panquecas con leche condensada, y dejó que faltara a la clase de religión. Yo estaba sorprendido porque para ella es muy importante que no falte a clases, y que cumpla con mis obligaciones, pero ese día me dio permiso. Se acostó un rato conmigo, me hizo cosquillas en todo el cuerpo, y sopló mi estómago, produciendo ese sonido de bombas rotas que me da tanta risa.



Mi mamá y yo vivimos solos desde hace cuatro años, y generalmente las únicas personas que nos visitan son mi abuela Margarita, mis tíos o mi abuelo, pero a dormir solo se queda mi abuela. Ese día, después de las cosquillas, ella se puso más misteriosa aún, y me dijo que esa noche vendría un amigo a visitarnos, y preguntó si yo tendría algún problema. Dije sí, sin problema alguno, no vi nada extraño.

Cuando llegó el amigo me atacó un calambre terrible, si él estaba cerca de mí no podía moverme, yo lo intentaba, lo juro, porque quería acercarme a los regalos que me trajo.



Él estaba preocupado porque cuando me daba el calambre, mi mamá se alejaba de él, entonces él se ponía muy agradable, hacía todo lo que yo quería. Mi mamá me pidió con un besito que tratara de curarme, lo intenté y después de mucho rato lo logré, entonces ella se fue a trabajar y él me llevó al ciber, al parque, arregló mi bicicleta que tenía seis meses dañada. Pasamos el día juntos y la verdad, fue divertido.

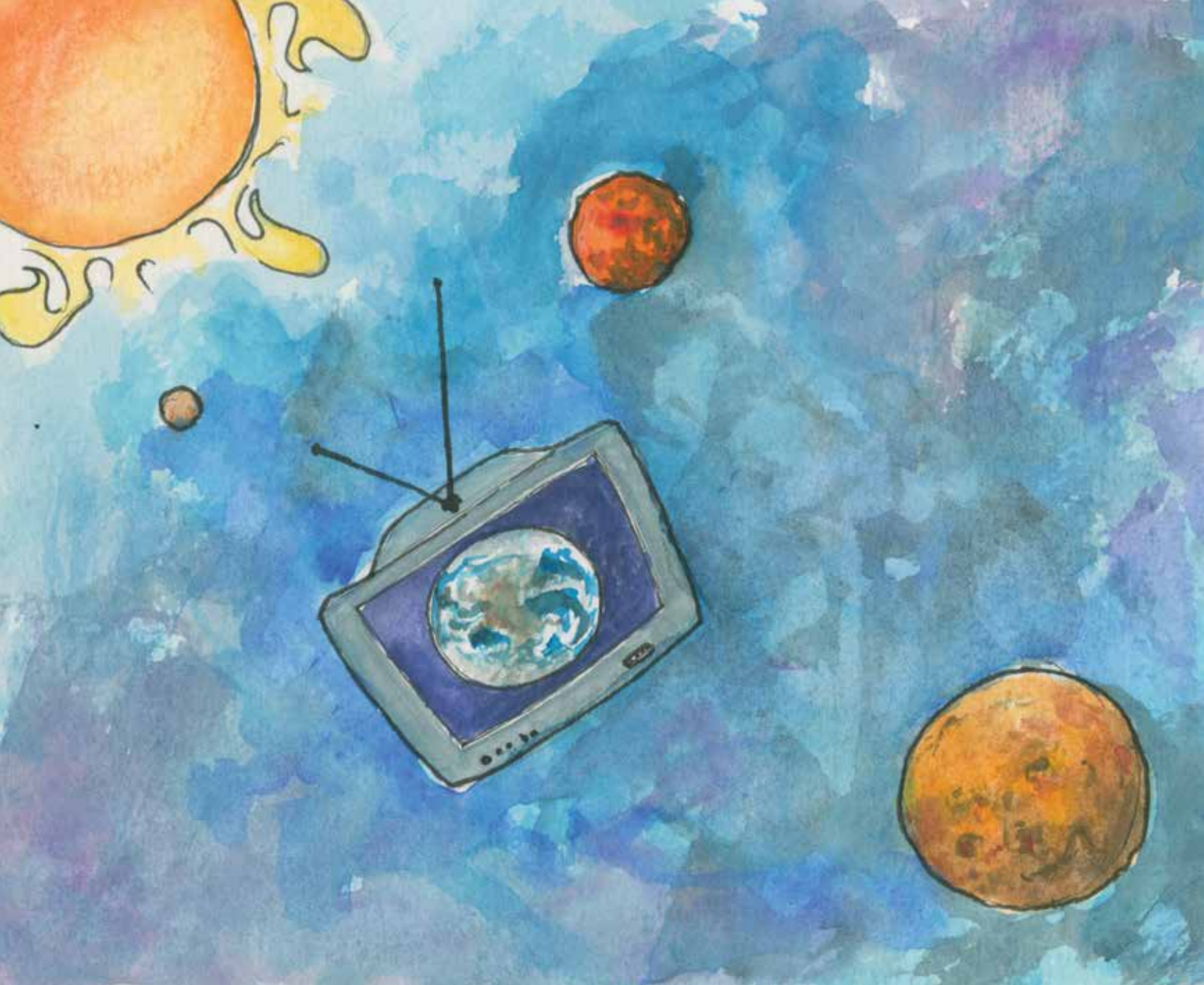


A la mañana siguiente, llegó el momento de ir a clases, y yo miraba a mi mamá insistentemente, sabía que ella tenía algo que decirme, pero no sé por qué no quería hacerlo. Nos montamos en el carro, él me dejó ir adelante (cosa que no hace ningún amigo de mi madre), y cuando íbamos por la piedra de Tucucu, no pude más y le dije: “Oye, ¿no estarás tú interesado en ser el novio de mi mamá?”



El amigo y mi mamá se miraron, se rieron, y él asintió con la cabeza, sonriendo. Puse cara de serio y le dije: “Bueno, como serás el novio de ella tendré que decirte papá”. Mi mamá inmediatamente saltó, y me recordó que yo tenía un padre, y yo contesté rápidamente: “Entonces serás mi nuevo tío”.

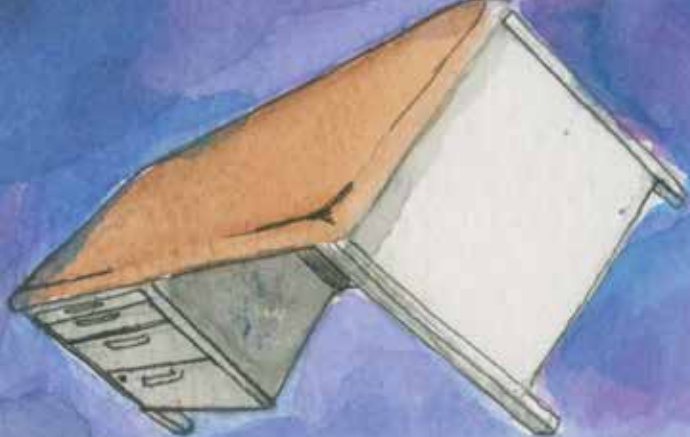
Y fue así como conocí al tío Luis.



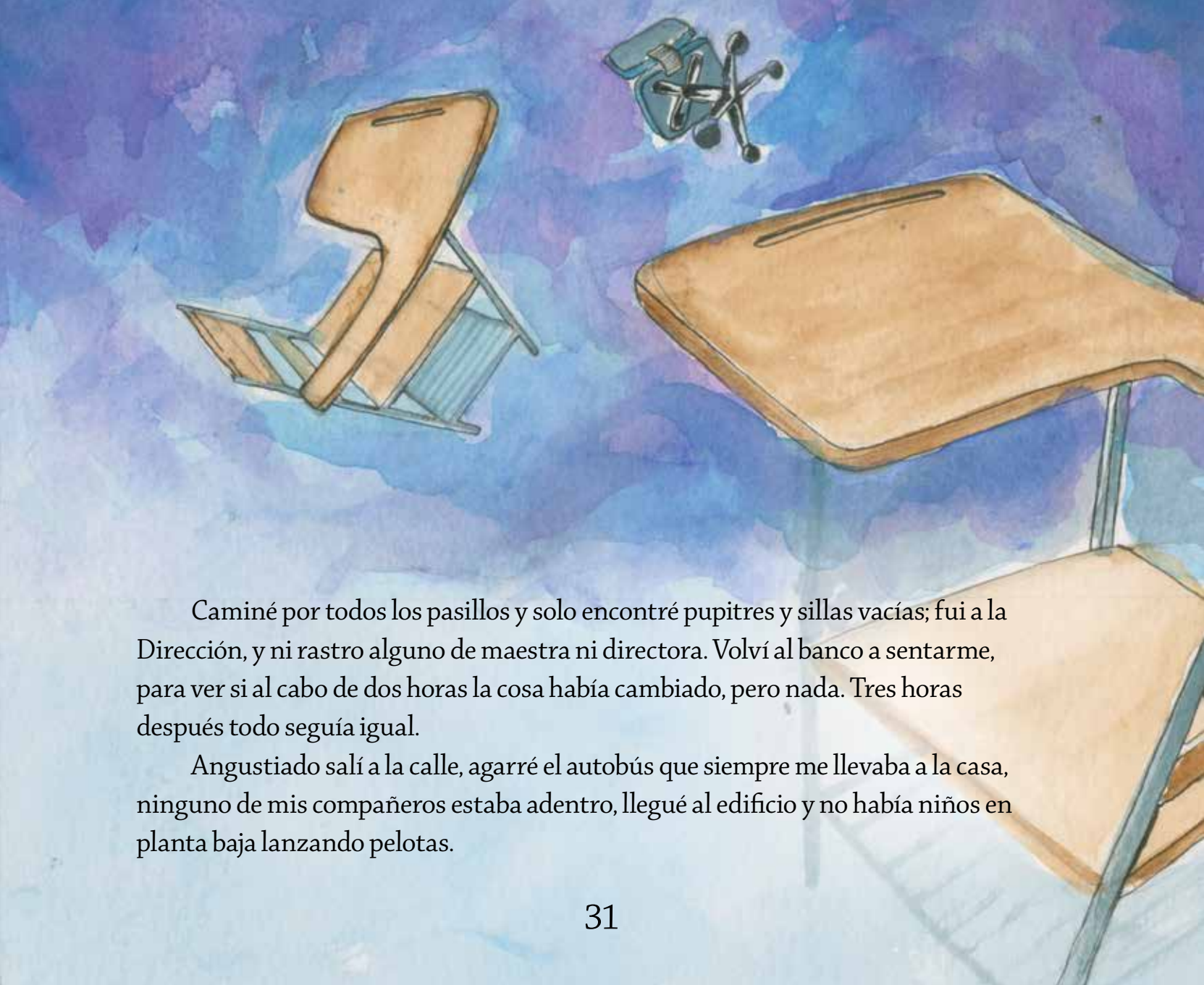


El mundo en la tele

Estaba sentado en el banco del patio de mi escuela, como siempre, esperaba que alguien pasara para lanzarle un pedazo de pan, o un chorrito de mi jugo de naranja, al que le abrí un huequito con la punta del compás, y era finísimo para mojar a mis amigos o apuntar directo a mis amígdalas. No puedo negarlo, también tenía la esperanza de que ella pasara y notara mi presencia, con el uniforme más limpio que de costumbre, porque al fin mi madre consiguió alguien que la ayudara en la casa, y ya no repetiría camisas en la semana; cada día me pondría una, impecablemente blanca, con el distintivo cosido y ya no pegado con adhesivo. Ella era tan linda como Marcela, la niña de mi programa de televisión favorito, y yo en realidad ese lunes me sentía como Julián, por supuesto, el protagonista.



Así, esperando que sucediera algo que me hiciera reír o soñar, o por lo menos divertirme tanto como lo hago en casa cuando veo televisión, estuve cerca de dos horas, pero lejos de lograr cualquiera de las dos cosas, lo que sucedió aún no lo entiendo, pues esa mañana del banco pasaron dos horas y nadie caminaba por el pasillo, lo cual era bien extraño porque precisamente era el pasillo que daba a la cantina por donde las niñas más coquetas del colegio solían caminar; también era el pasillo de la Dirección, entonces generalmente por ahí pasaban niños, cuyas orejas ya casi eran parte de las manos de las maestras... Por ahí siempre había gente, pero ese día nadie pasó. Entonces yo estuve sentado un largo rato, me comí todo el pan y me quedé sin nada en la mano para lanzar a los amigos; también se me terminó el jugo y ni siquiera pude seguir mojando mis amígdalas; pero lo peor fue cuando me di cuenta de que nadie estaba en el colegio, en algún momento todos habían desaparecido.

An illustration of a classroom scene where the desks and chairs are floating in the air against a background of swirling purple and blue clouds. In the upper left, a wooden chair with a light blue seat is tilted. In the upper center, a small blue desk with a black star-shaped base is floating. On the right side, a large wooden desk is partially visible, and below it, another desk is seen from a different angle. The overall style is painterly and surreal.

Caminé por todos los pasillos y solo encontré pupitres y sillas vacías; fui a la Dirección, y ni rastro alguno de maestra ni directora. Volví al banco a sentarme, para ver si al cabo de dos horas la cosa había cambiado, pero nada. Tres horas después todo seguía igual.

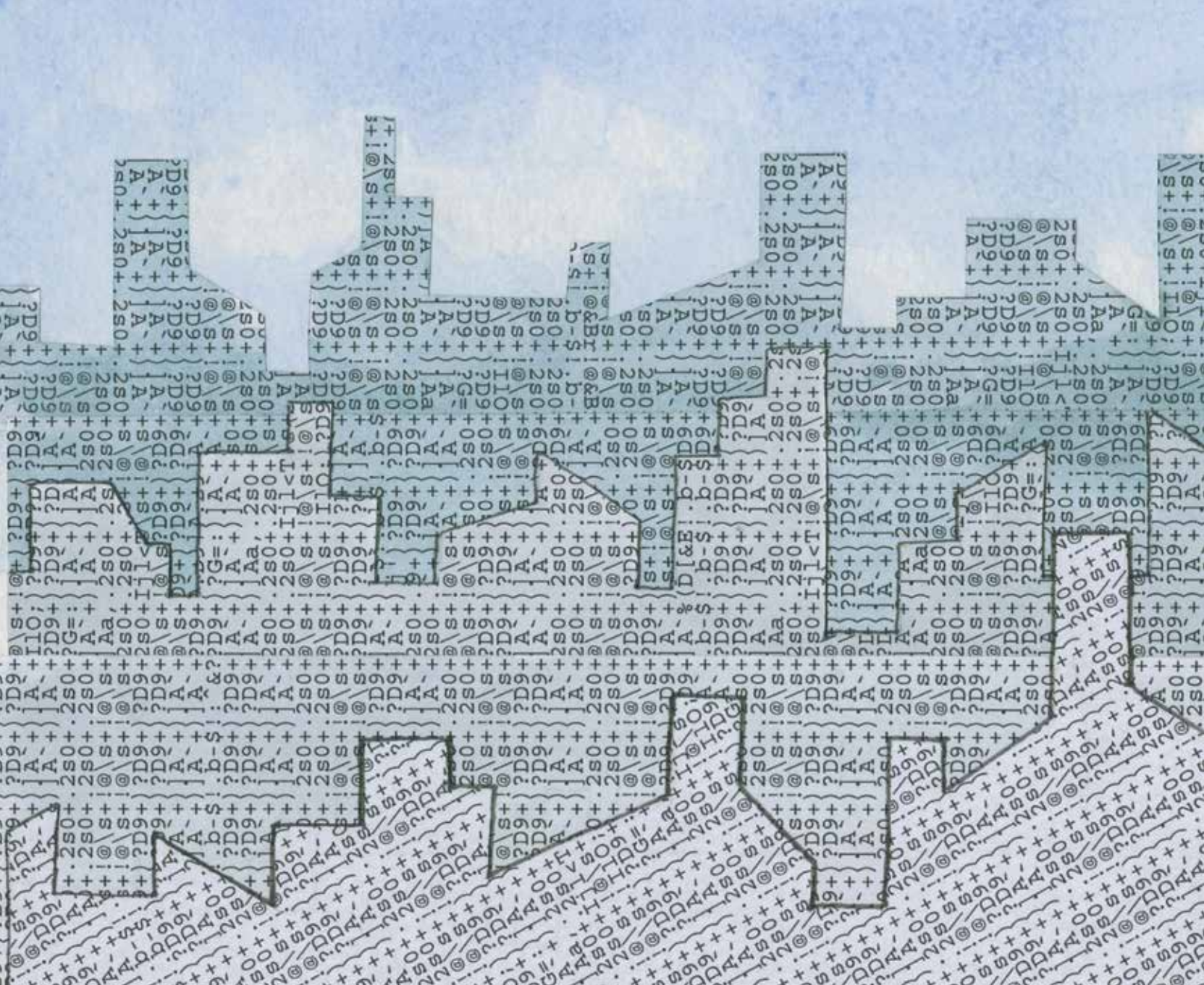
Angustiado salí a la calle, agarré el autobús que siempre me llevaba a la casa, ninguno de mis compañeros estaba adentro, llegué al edificio y no había niños en planta baja lanzando pelotas.



No podía creer esto, pero no debía angustiarme, como en cualquier capítulo de comiquita, algo sucedería, y tal vez yo podría resolver cualquier problema y volver todo a la normalidad; así que con la calma de un superhéroe subí al apartamento, saludé a mi mamá, que sí estaba; ella siempre está en casa esperándome, y nervioso empecé a llamar a las casas de mis amigos para ver si sus madres sabían algo de ellos. Nada, no había rastro de ninguno, las madres decían que los esperaban de la escuela, y yo estaba completamente seguro de que no llegarían temprano, algo les había ocurrido.

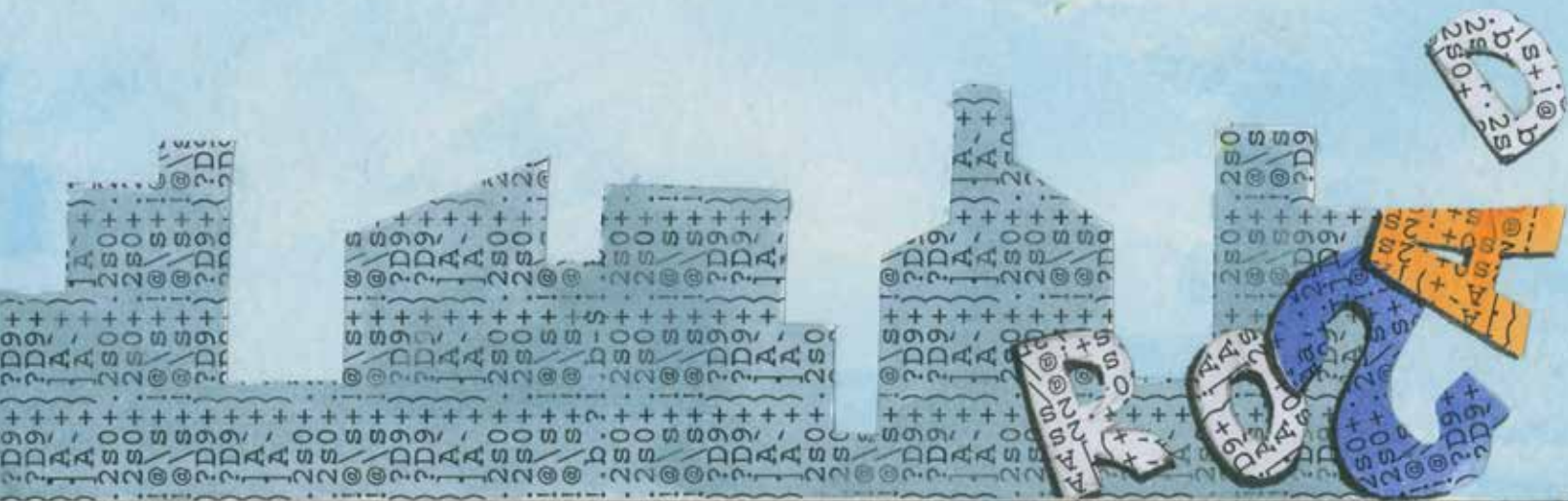


Mamá me llamó a almorzar y fui, comí la rica pasta de maíz con crema de leche, después tuve los problemas de la tarea, fui a dormir un rato, y solo a las cinco de la tarde pude prender el televisor. Mi comiquita favorita ya había terminado, por eso cambié de canal y fue en ese momento cuando los pelos se me pusieron de punta, el corazón me empezó a latir cien veces por segundo, las lágrimas se me salían solas, y mi cuerpo empezó a temblar: ¡todos mis amigos, mis maestras y las autoridades de mi colegio estaban allí, adentro de la pantalla, hasta yo me veía sentado en el pasillo lanzando grumitos a mis compañeros!... Mi vida se había mudado de lugar, ahora sucedía en el canal 25 del cable de mi pueblo.



Letras en la calle

Mientras mi mami maneja, competimos para ver quién lee más letreros en la calle. Ella hace los cambios de la palanca, y entre los dos vemos bien todas las letras del camino y leemos: “Se vende casa”, “Votar es lo nuestro”, “Cuidado, perro bravo”, “Se cuidan niños”, “Bienvenido a Margarita”, “Viaje por Conferry”, “Polar”, “Chevrolet, los mejores carros del mundo”, “No pase”, “Prohibido estacionar”, “Vamos con todo”, “Venta de empanadas”, “McDonald’s”.



Mi mamá acelera, no puedo terminar de leer las palabras que están en la calle, continuo: “Ratt...”, “Panader...”, “Samb...”, “Parque El Agua” (ese me lo sé de memoria). Pasamos la entrada de la escuela por tercera vez, ella pega un grito y nos devolvemos. En la puerta hay un cartel: “Suspendidas las clases por falta de luz”.

Volvemos a la calle para hacer sus aburridas diligencias, ella lee cada vez más rápido que yo. Definitivamente, es trampa, no puedo ganarle, no hay forma de completar las palabras, pareciera que ella se las sabe todas de memoria. Llegamos, estacionamos el carro y empezamos el juego, o competencia, pero ahora caminamos dentro de un centro comercial, entonces leemos: “Se vende”, “50% de descuento”, “¡Compra ya!”, “Llegó la Navidad”, “Lo mejor para ellos”. Aquí le gano porque ella se distrae comiendo vidrieras, como dice mi prima María Laura.

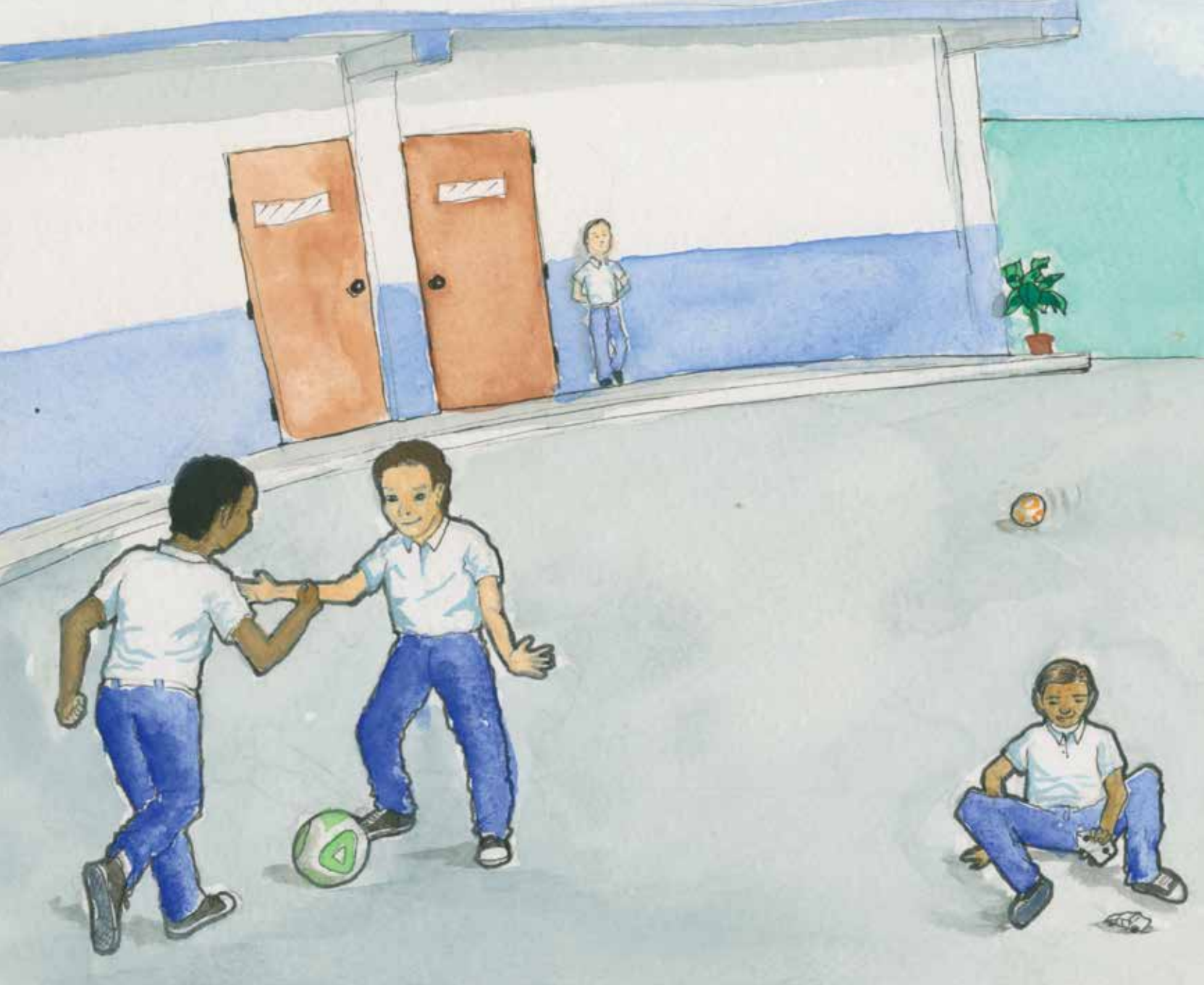


Salimos, volvemos al juego inicial, vemos: “Se vende la mejor casa para vivir”, “Aprovecha esta Navidad y compra en Margarita”. Sin novedad, llegamos a nuestra casa y nos damos cuenta de que olvidamos hacer el mercado; ella decide volver mañana, y entonces repite como los carteles: ¡Báñate! ¡Cómete todo lo que te serví! ¡No juegues tanto! ¡Haz la tarea! ¿Acaso olvidó que dejamos las letras en la calle?



Fúrico, como dice mi abuela

En mi escuela llegamos al final del proyecto Trujillo en sus 450 años, y debíamos hacer una cartelera para mostrar los resultados de nuestras investigaciones sobre los 450 años de la ciudad donde vivo desde hace muchos meses, pero de la que me mudaré en pocos días, pues definitivamente mi mamá y yo queremos vivir cerca del mar, y en familia, porque estoy cansado de explicarle que ella y yo necesitamos una F-A-M-I-L-I-A, y que dos personas somos muy poquitas para llenar esa palabra de siete letras y tres sílabas.





Como les contaba, en mi escuela llegó el día de comenzar a hacer la cartelera; la maestra dijo que ella la haría con ayuda de las niñas, que según ella, siempre son más hábiles con las manualidades, y las cosas que implican dibujar o recortar. Nosotros, los niños varones, aprovechamos los espacios del dibujo para hacer deporte, jugar en el patio o comprar cosas en la cantina. Yo en realidad lo aprovecho para extrañar la computadora de *Ciber City*, donde juego muchas cosas con Alexander, el dueño que es abogado, pero parece un niño y me tiene mucha paciencia.



El tema de la cartelera del salón era todo un misterio; estaba tapada y nosotros, los niños varones, no podíamos preguntar nada al respecto, ni mucho menos ver lo que en ella iban dibujando, porque eso era una gran sorpresa para el 9 de octubre, día de Trujillo. Tampoco nos interesábamos mucho en el tema, teníamos tanto dictado, reconversiones de millardos en bolívares fuertes, y caligrafías por hacer, que la mañana se nos pasaba muy rápido.

Llegó el día de mostrar el resultado del trabajo a los padres, representantes y visitantes que quisieran conocer nuestro proyecto. Nos sentaron en círculo; la maestra habló de los indios cuicas, del Valle de los cuicas, de Diego García de Paredes, de la Virgen de la Paz y de la Iglesia; de que visitamos el Centro de Historia, y muchas otras cosas, y al final develó el gran dibujo, hecho por ella con ayuda de las niñas.



El dibujo central era sobre la participación de los niños en las explicaciones del tema; allí había una imagen en la que estaba la maestra explicando, y nosotros los niños escuchando. En el lado derecho superior, aparecía una niña muy linda comiendo galleta María, con un vaso de leche en la mano, y en el lado izquierdo inferior, estaban dos niños varones sacándose los mocos. Yo, de verdad, al ver eso me puse fúrico (así dice mi abuela cuando está muy brava), me levanté del círculo y le dije a la maestra que no estaba de acuerdo con la cartelera, porque yo sabía que los niños nos sacábamos los mocos y lo aceptaba, pero las niñas también lo hacían, y a ellas las había puesto a comer leche con galletitas; le dije que estaba cansado de su feminismo, traté de explicarle que yo no era machista ni feminista, y le dije llorando (y tal vez un poquito exaltado) que lo que yo quería era RESPETO... Ella se puso más brava que yo, y me envió a la Dirección...

Aquí estoy, esperando al director, mientras tanto escribo esta carta para que ustedes sepan por qué lo hice, sobre todo para que mi mamá entienda cuando le digan que estoy expulsado de la escuela por una semana, por haberle faltado el respeto a la profesora, que es mujer, igual a ella.

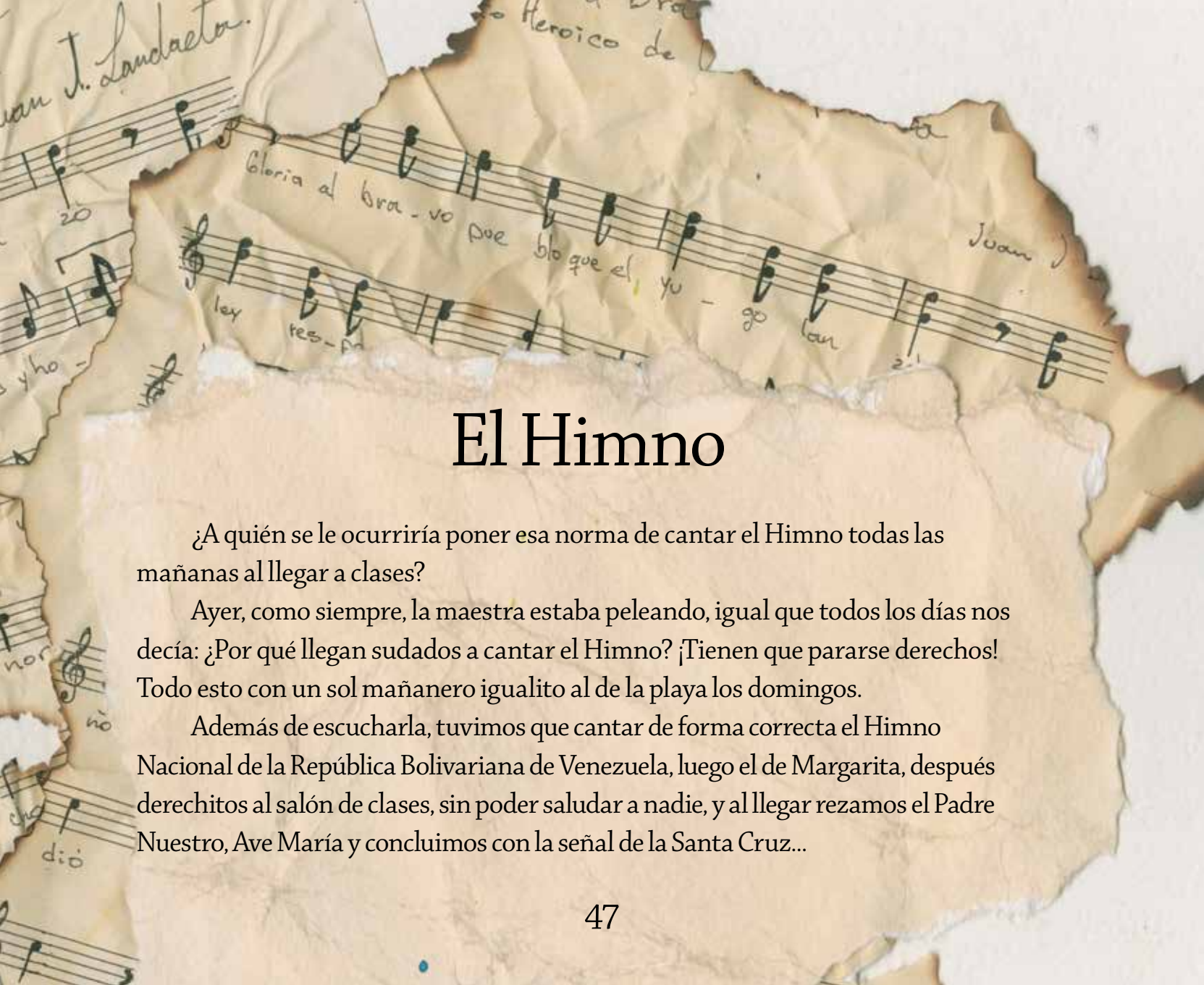
ndemior

Juan J. Lano

Gloria al Brano
Canto heranco de la independencia

Coro
Gloria
do que el yu - go
la vir
au - do
ca
solo
FinA
de - nas
gri ta bar
solo
Yel
Pobr

Coro
Gloria al bra - vo we blo que el yu - go
ley res - pe - Tan - do
2a
nor ba - go ca de -
FinA
solo
de - nas gri ta bael se -
solo
Yel pobreen su
nor



El Himno

¿A quién se le ocurriría poner esa norma de cantar el Himno todas las mañanas al llegar a clases?

Ayer, como siempre, la maestra estaba peleando, igual que todos los días nos decía: ¡Por qué llegan sudados a cantar el Himno? ¡Tienen que pararse derechos! Todo esto con un sol mañanero igualito al de la playa los domingos.

Además de escucharla, tuvimos que cantar de forma correcta el Himno Nacional de la República Bolivariana de Venezuela, luego el de Margarita, después derechos al salón de clases, sin poder saludar a nadie, y al llegar rezamos el Padre Nuestro, Ave María y concluimos con la señal de la Santa Cruz...

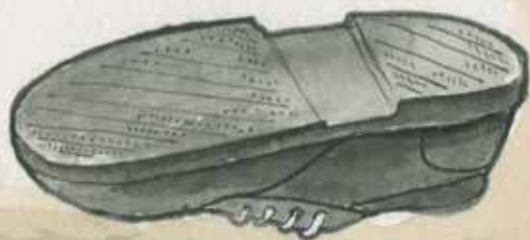
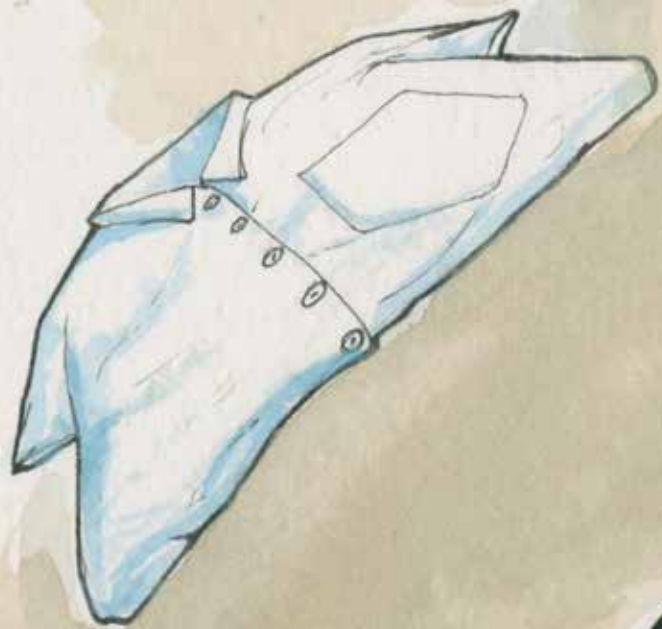


Hartos de esta situación, Germán y yo decidimos poner en marcha el plan que hicimos por teléfono, porque no es justo que todos los días, todos los santos días tengamos que repetir esto, ¿se imaginan 300 veces al año este mismo ritual?

Hoy, Germán y yo llegamos más temprano que de costumbre, a las 6:45 a.m., y a las 7 en punto, en un descuido del profesor de guardia, agarramos el micrófono y pedimos que en vez de cantar el Himno diariamente, nos dediquemos a otras cosas más divertidas como arreglar la cartelera de la entrada, cambiar el letrero de la cantina, limpiar la grama del parque, o simplemente jugar antes de entrar a las clases.



En menos de cinco minutos nos agarró por la oreja la directora, nos llevó a su oficina, y ahora estamos castigados; para no citar a los representantes, Germán y yo debemos cantar el Himno en la entrada y en la salida, que es a mediodía y hay más sol... La directora dice que es para que seamos patriotas cuando estemos grandes.

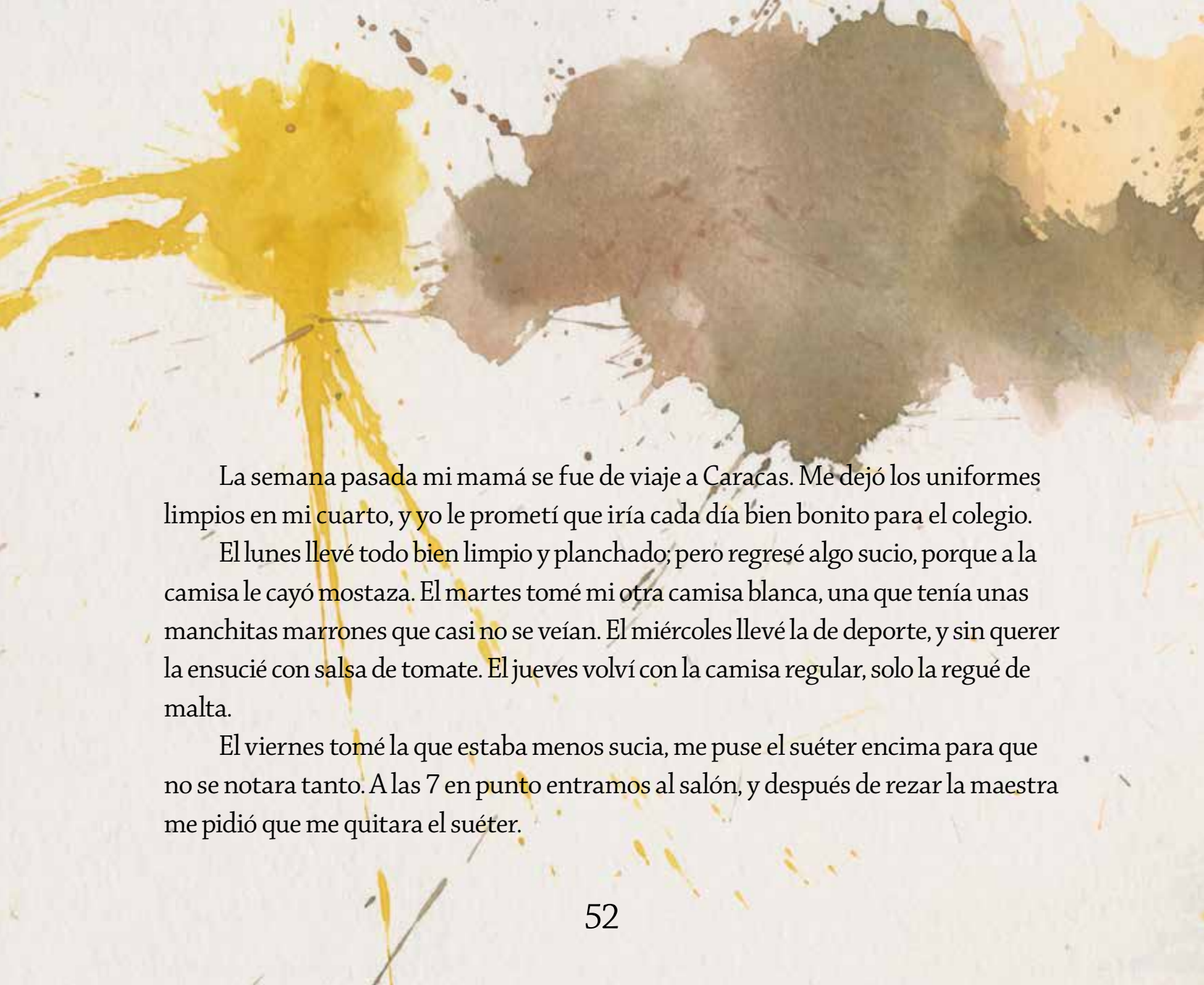




Uniforme tornasol

Camisa blanca, pantalón azul, zapatos negros, correa negra con hebilla plateada y suéter azul. Ese es mi uniforme, bastante regular, pero *la mae* dice que es muy elegante y combina con los cuadernos de mi clase, todos de color lila.

Cumplir con el uniforme todos los días no es fácil. Mi mamá hace lo suyo: me lo lava, le echa cloro, desinfectante, lo plancha; pero a pesar de todo, con el paso de los días se le ha puesto un colorcito crema, que a mí me parece divertido, pero a mi mami y a mi maestra les molesta mucho.



La semana pasada mi mamá se fue de viaje a Caracas. Me dejó los uniformes limpios en mi cuarto, y yo le prometí que iría cada día bien bonito para el colegio.

El lunes llevé todo bien limpio y planchado; pero regresé algo sucio, porque a la camisa le cayó mostaza. El martes tomé mi otra camisa blanca, una que tenía unas manchitas marrones que casi no se veían. El miércoles llevé la de deporte, y sin querer la ensucié con salsa de tomate. El jueves volví con la camisa regular, solo la regué de malta.

El viernes tomé la que estaba menos sucia, me puse el suéter encima para que no se notara tanto. A las 7 en punto entramos al salón, y después de rezar la maestra me pidió que me quitara el suéter.

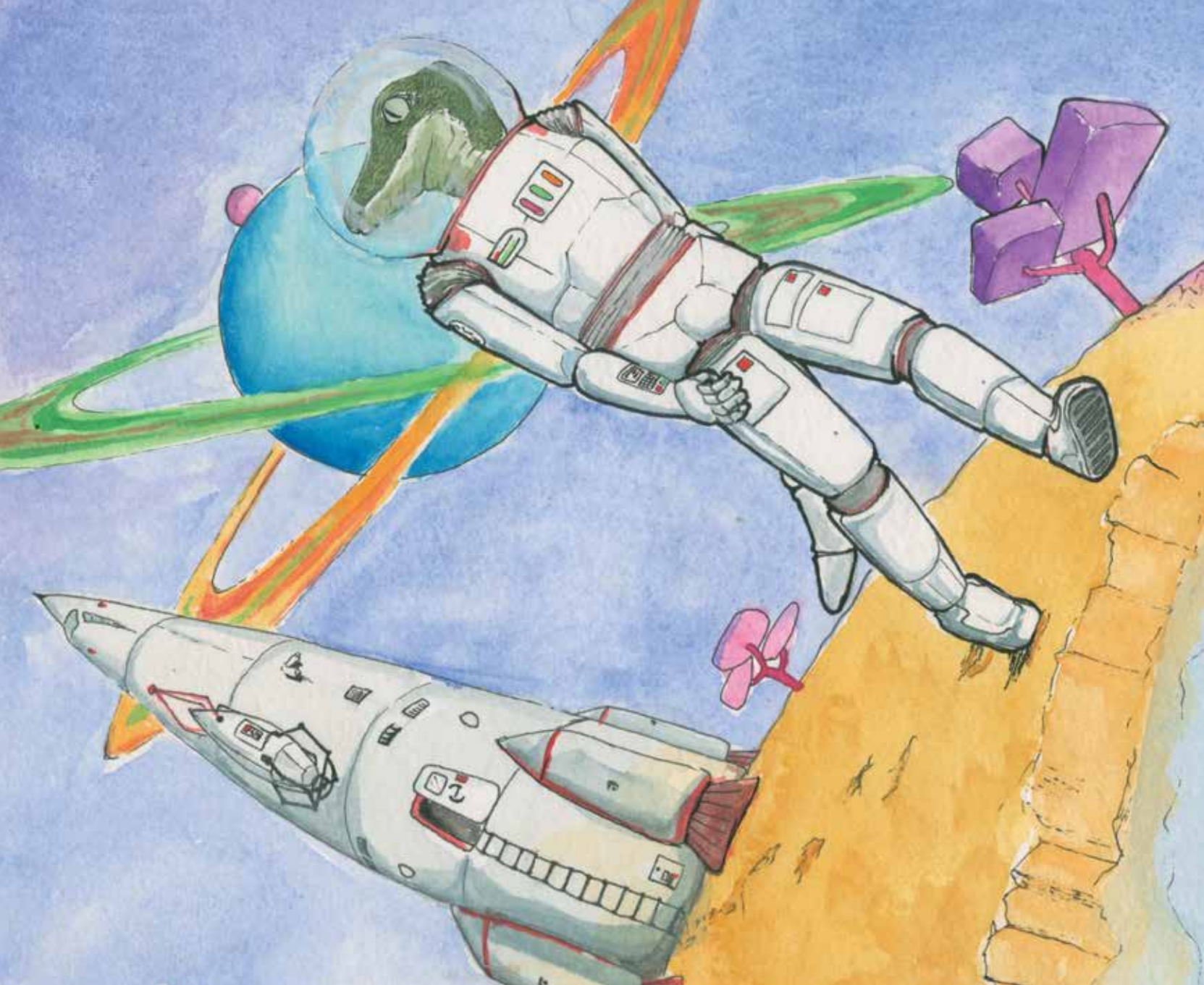


Cuando ella vio mi uniforme, se puso tan brava que me llevó nuevamente a la Dirección. Allí me explicaron lo de estar presentable, y llamaron a mi abuela para que me buscara, porque yo no estaba en condiciones de ver clases. Yo me puse a llorar porque me iba a perder el laboratorio de ciencias, que es una de las clases que más me divierte. Como no podía hacer nada, me quedé allí solito, llorando.





Una hora después mi abuela entró a la Dirección, me agarró de la mano y salimos a la calle. En el camino me dijo que dejara de llorar, caminamos un rato hasta agarrar un taxi; nos reímos por el color de mi camisa cuando le pegaba el sol de mediodía. Al llegar a la casa, ella me dio un beso en el cachete, me levantó la cara con sus dos manos, y me prometió que un día inventaría un colegio donde todos los niños iríamos con uniforme tornasol.





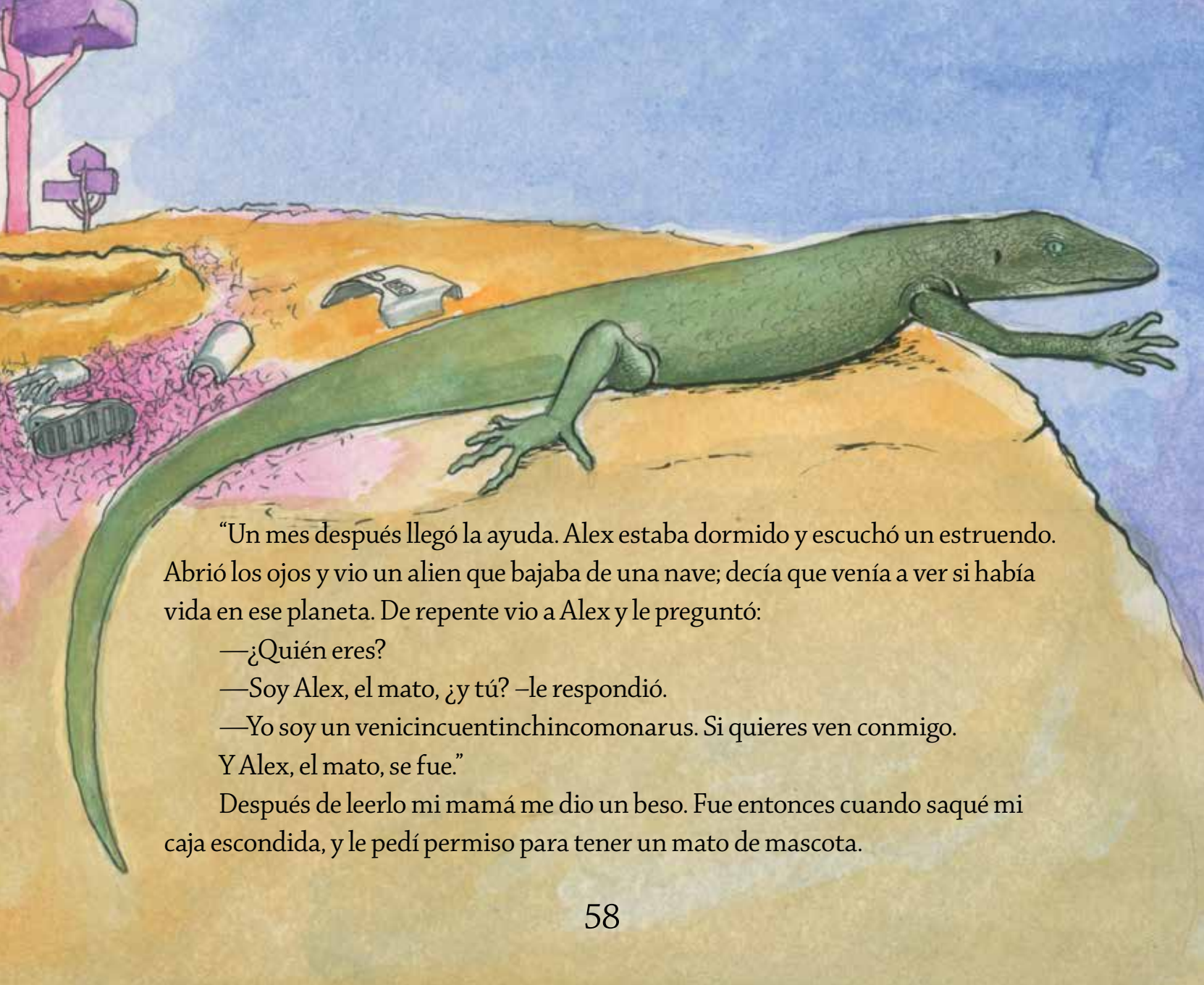
Alex, el mato

Hoy en la mañana le mostré a mi mamá mi cuento. Le pedí que apagara la computadora, cerrara los ojos y me escuchara. Empecé:

“Alex, el mato, fue mandado en una nave espacial a un túnel dimensional con la misión de detectar vidas en otro lugar diferente a la Tierra.

“Se quedó atrapado en un planeta desconocido, pensó que se iba a morir, pero el aire del planeta era respirable, tenía grandes cantidades de agua.

“Alex, el mato, bajó de la nave asombrado, se distrajo, cayó en un hueco que tenía agua en el fondo. Le gustó y se quedó a vivir allí.



“Un mes después llegó la ayuda. Alex estaba dormido y escuchó un estruendo. Abrió los ojos y vio un alien que bajaba de una nave; decía que venía a ver si había vida en ese planeta. De repente vio a Alex y le preguntó:

—¿Quién eres?

—Soy Alex, el mato, ¿y tú? –le respondió.

—Yo soy un venicincuentinchincomonarus. Si quieres ven conmigo.

Y Alex, el mato, se fue.”

Después de leerlo mi mamá me dio un beso. Fue entonces cuando saqué mi caja escondida, y le pedí permiso para tener un mato de mascota.





Para ti, mamá:

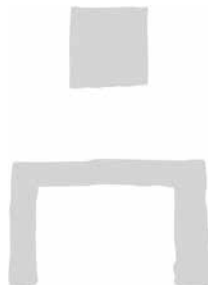
*Mamá, he pensado en lo bueno de que tú me hayas
tenido con solo dieciocho años, así cuando tú mueras,
me quedará poco tiempo de vida. Eso estará bien,
porque si el mundo es difícil en un Nintendo,
¡imagínate en la vida real!*

Sebastián



Índice

Después del mar	9
Olimpiadas de mano	13
El nuevo tío	23
El mundo en la tele	29
Letras en la calle	35
Fúrico, como dice mi abuela	39
El Himno	47
Uniforme tornasol	51
Alex, el mato	57



EDICIÓN DIGITAL
MAYO DE 2018
CARACAS - VENEZUELA.

Cuentos de Sebastián antes de que se me olviden

Impregnados de un profundo sentimiento maternal, estos relatos de Inés Ruiz se alzan desde la ternura y picardía de su propio hijo. La autora comparte con el lector (quizá niños con las mismas inquietudes y ocurrencias que su querido Sebastián) algunas anécdotas cargadas de frescura, curiosidad, astucia y energía. Es hermosa la iniciativa de la narradora: asumir la voz de su pequeño para abrirle un espacio dentro del mágico universo de la palabra escrita, multiplicar por miles esas íntimas situaciones en las que una madre se emociona al contar “las cosas” con las que sale su hijo. Entiéndase pues este conjunto de cuentos como un homenaje a la infancia, esa maravilla que tiene el compromiso de apostar a la imaginación y a la rebeldía de juzgar la realidad.

Inés Ruiz (1979)

Licenciada en Comunicación Social, egresada de la Universidad de Los Andes.
Realizó una maestría en Literatura Latinoamericana en la misma casa de estudios.
Su participación en las diversas áreas del ámbito cultural ha sido destacada, en especial en actividades relacionadas con la promoción de la lectoescritura.

Luis Leyba (Caracas, 1985)

Ilustrador y retratista. Ha trabajado en distintas modalidades del arte urbano: grafitis, murales, *performances*, *action paint* (pintura en acción), vinculando e incorporando a las comunidades al arte con estas experiencias. Formó parte del equipo de la Fundación Editorial El perro y la rana.



9 789801 432425



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura